



## INTRODUCCIÓN

### PENSAR EL SIGLO XIX

El siglo xx, al decir de Mauricio Tenorio, no es otra cosa que la suma del siglo xix y el “antisiglo xix” (Tenorio, 1999: 64). Con ello, el historiador mexicano pretende argumentar que el siglo xx consistió básicamente en una serie de variaciones sobre temas ya planteados en el siglo xix: industrialización, desarrollo científico y tecnológico, aceleración del tiempo, expansión de la economía capitalista, desencanto intelectual, secularización. El siglo xx aparecería de este modo como “época fundadora”, y todavía irrebalsable, de la conciencia histórica moderna. Por eso, en opinión de Tenorio, después de criticar tanto la modernidad hacia finales del siglo xx, no hemos dicho en realidad mucho más sobre ella de lo que ya Baudelaire enseñó: la modernidad es la conciencia de lo transitorio, lo fugitivo y lo contingente. Lo que hoy llamamos “posmodernidad” no agrega una sola línea a lo que ya los críticos del siglo xix pensaban sobre su propia época (el “antisiglo xix”).

Un argumento al cual apela Tenorio para sustentar su tesis es la crítica del filósofo social norteamericano Immanuel Wallerstein en su famoso libro *Abrir las ciencias sociales*. De acuerdo a Wallerstein, las ciencias sociales contemporáneas se encuentran presas todavía de los paradigmas de análisis surgidos durante el siglo xix. La sociología, la antropología, las ciencias políticas, la economía y la historia cargan con la pesada herencia de un vocabulario científico que, según Wallerstein, se hace necesario “impensar”. Tenorio, sin embargo, califica de “muy optimista” la posición de Wallerstein y piensa que no hay signos todavía de que las ciencias sociales puedan desarrollar un vocabulario capaz de rebasar las categorías decimonónicas (1999: 115).

Este libro, por el contrario, partirá del convencimiento de que las ciencias sociales han empezado a desarrollar nuevos paradigmas de análisis que nos ayudan a “pensar el siglo xix” desde otra perspectiva. En efecto, y tal como lo señalara el mismo Wallerstein, en las últimas décadas se ha venido perfilando una lectura de la historia y de la sociedad que ya no ve la cultura como un simple “reflejo” de la racionalidad económica o de la lucha de clases, sino

como un “campo de batalla” en donde se juega el *sentidomismo* de las prácticas sociales (Wallerstein, 1999: 163). Esta lectura sugiere que los procesos de producción e intercambio se hallan insertos en *sistemas de significaciones* más amplios, que deben ser estudiados como prácticas culturales. En este sentido, y tal como lo enseña María Cristina Rojas (2002), el siglo *xix* en Colombia puede ser leído como la lucha por la hegemonía entre diferentes *regímenes de representación*. Esto nos invita a un análisis que evite otorgar *status* de preferencia a los referentes económicos sobre los simbólicos, a los factores externos sobre los internos, a la clase sobre la etnia o el género, a lo fáctico sobre lo intencional; en una palabra: a las estructuras sobre los sujetos. La *cultura* es vista aquí como un tejido de significados que explican la formación de identidades (regionales, de género, de raza, de clase), las formas de comportamiento colectivos, así como la producción de bienes simbólicos, ideas y discursos.

El proyecto de construcción de la nacionalidad colombiana en el siglo *xx* implicaba la elaboración de un nuevo entramado cultural, de una red simbólica que direccionara el horizonte de la modernidad deseada por las elites. Había que imaginar la nación, pero esto conllevaba forjar los actores y los escenarios que sirvieran de base para la existencia real de esa nación. La prensa, los discursos políticos, la ciencia y la literatura, jugaron ciertamente un papel importante en la construcción de este imaginario y en la canalización de nuevas sensibilidades (González Stephan, 1987). Sin embargo, el poder de la representación estaba concentrado en aquellos que sabían leer culturalmente las claves de la “civilización”: los criollos ilustrados, cuyo *habitus* estaba formado en el imaginario étnico y colonial de la blancura. Se proclamaba por ello la superioridad de la sangre hispana y de la piel blanca sobre los grupos indígenas, negros y mestizos. El deseo civilizador era entonces un asunto de *violencia simbólica* y presuponía unas jerarquías étnicas, sociales y de género que chocaban muchas veces con los principios del liberalismo económico. La “colonialidad” parecía revelarse entonces como la *otra cara* de esa modernidad deseada.

Es cierto que el siglo *xx* en Colombia no posee el atractivo que muchos académicos encuentran en otros países latinoamericanos de la época. No tuvimos instituciones relativamente modernas y

de gran vitalidad cultural como en Chile, ni surgieron entre nosotros pensadores de alcance continental como los que había en el Cono Sur: Alberdi, Sarmiento, Lastarria, Bilbao, Bello, Rodó. Tampoco tuvimos una historia como la de México, con invasiones militares por parte de las grandes potencias (Estados Unidos y Francia), o con acontecimientos de importancia simbólica como el fusilamiento del rey Maximiliano. Y ni siquiera tuvimos un siglo con “grandes dictadores” como el doctor Francia en Paraguay, Rosas en Argentina, o Santa Ana y Porfirio Díaz en México. Lo que justifica la publicación de este libro, antes que la relevancia histórica y continental de los temas, es el modo en que los autores buscan abordarlos con el instrumentario conceptual arriba mencionado. Todos los textos reflexionan sobre la construcción del *entramado simbólico* que quiso instaurarse como fundamento cultural de la nación colombiana en el siglo XIX: la literatura y el periodismo como artífices del imaginario letrado de la “Atenas Suramericana”, la ciencia como instrumento de control biopolítico sobre las poblaciones, el derecho como dispositivo para la construcción de subjetividades obedientes, la familia como espacio privilegiado de la vida de las mujeres, el museo como escenario para la patrimonialización de la memoria histórica.

El editor desea agradecer al Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR de la Universidad Javeriana, en cabeza de su director Guillermo Hoyos, que con su línea de investigación *Genealogías de la colombianidad* generó varios de los trabajos aquí presentados. Igualmente a la profesora Mabel Moraña de la Universidad de Pittsburgh, por su interés en las actividades de la academia colombiana y por el apoyo brindado desde el ILLI para esta publicación.

Bogotá / Pittsburgh, abril de 2003

## BIBLIOGRAFÍA

- González Stephan, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispano-americano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas, 1987.
- Rojas, María Cristina. *Civilization and Violence. Regimes of Representation in Nineteenth Century Colombia*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2002.
- Tenorio Trillo, Mauricio. *Argucias de la historia. Siglo XIX, cultura y "América Latina"*. Barcelona: Paidós, 1999.
- Wallerstein, Immanuel. "La cultura como campo de batalla ideológico del sistema-mundo moderno". *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*. Santiago Castro-Gómez, Oscar Guardiola Rivera y Carmen Millán de Benavides, eds. Bogotá: CEJA, 1999.